

LEÓN DENIS
GIOVANNA



LEÓN DENIS
GIOVANNA



CENTRO ESPÍRITA LEÓN DENIS
www.leondenis.es

LEÓN DENIS
GIOVANNA

Traducción y revisión: M. Cristina Matos Quiroz

I

Cualquiera que haya viajado por Lombardía conoce el lago de Como, ese fragmento del cielo italiano caído entre las montañas, ese maravilloso edén donde reina la naturaleza engalanada para una fiesta eterna. Las líneas atormentadas de los montes que la rodean, la lámina límpida y azul de sus aguas forman un contraste sobrecogedor.

Las ciudades y los pueblos blancos se apilan en sus orillas como las perlas de un collar. Por encima de ellos, en las laderas, hay jardines escalonados en terrazas que están adornados con naranjos, limoneros, granados e higueras. Más arriba, el pálido follaje de los almendros, el gris plateado de los olivos y los pámpanos de los viñedos cubren las laderas. Elegantes villas, pintadas en colores suaves con cinturones de altos árboles que dan sombra a estatuas blancas, perforan este manto verde aquí y allá.

A lo lejos se alzan los majestuosos Alpes, coronados por una diadema de glaciares. Y sobre todas las cosas brilla la luz del sur, una luz radiante que cubre con tonos deslumbrantes las crestas de roca y las velas de los numerosos barcos pesqueros que se deslizan por el apacible lago.

Para disfrutar de la serena poesía de estos lugares, coja una barca y adéntrese en el mar al atardecer, cuando llega la hora del crepúsculo. En ese momento, una ligera brisa agita las aguas, haciendo temblar los tamarindos de la orilla. El penetrante olor de los mirtos se mezcla con el dulce aroma de naranjos y limoneros. Las canciones se elevan desde todas las partes del lago. Es la hora en que los *contadini* (trabajadores del campo) y las jóvenes trabajadoras de las fábricas vuelven a los pueblos cantando barcarolas. Sus melodías llegan a uno debilitadas por la distancia; en la calma del atardecer, parecen descender del cielo.

Pronto se une a estos sonidos el de los instrumentos musicales que llegan desde la orilla y las villas iluminadas. Todo el lago vibra como un arpa. Y si añadiendo a la magia de esta escena, la estrella de la noche muestra su disco por encima de las montañas; si bajo sus tenues rayos se colorean las cumbres alpinas; si arroja sus largas láminas de plata fluida sobre las aguas transparentes; entonces, este aire embriagador, estos cielos tan suaves, estos perfumes, estas armonías, estos juegos de luz y sombras, todo esto llenará vuestra alma de una deliciosa emoción que os dejará sin aliento.

Una belleza encantadora envuelve toda la región meridional del lago, pero más al norte, hacia los Alpes, el aspecto se vuelve severo, imponente. Las rocas tienen formas más ásperas, los montes son más abruptos. Los jardines y los olivares dan paso a los castaños y a

sombríos bosques de abetos. Los picos altos, calvos y solitarios se asoman al horizonte y parecen estar soñando.

Cerca de Gravedona se abre un estrecho valle por el que discurre un torrente que salta de roca en roca y derrama sus aguas vivas en pequeñas y alegres cascadas. Algunas viviendas modestas están dispersas entre la vegetación. Al pie de una sonora catarata, por la que se precipita el torrente desde los últimos contrafuertes, un molino, desmoronado por el paso del tiempo, hace oír su monótono rumor. Desde ahí, un camino sigue los desniveles del terreno, sube los escarpes, se clava en los barrancos pedregosos y a través de las jaras, los avellanos, la salvia y el boj, desemboca en una última cabaña con dos grandes fresnos que la protegen con su sombra. Alrededor de sus robustos troncos se enredan guirnaldas de parra que entrelazan las ramas con sus festones y cuando llega el otoño, dejan colgar estos hermosos racimos de uvas italianas, de medio metro de largo, con uvas oblongas, sabrosas y crujientes al morderlas. La casita está casi enteramente escondida bajo una gruesa capa de hiedra.

En su tejado, convertido en parterre, brotan gramíneas y crecen flores. Unas golondrinas han instalado sus nidos entre las viguetas. Al menor ruido, aparecen sus cabecitas preocupadas.

Un vasto recinto cubierto de maleza y plantas silvestres se extiende detrás de la cabaña y un establo vacío y

destartalado, abierto a todos los vientos, se apoya en el tupido seto.

Hace algunos años, el aspecto de esta parcela de tierra era muy diferente. El jardín, cuidado con esmero, era productivo y agradable a la vista; el establo albergaba dos hermosas cabras y un burro robusto.

Pietro Menoni vivía en esta casa con su esposa Marta y sus tres hijos. Toda la familia vivía de los productos del huerto.

Cada semana, Pietro cargaba su burro Ruffo con cestas de fruta, canastas de verdura, jarras de aceite que vendería en el mercado de Gravedona. En invierno, había leche de cabra, castañas en abundancia y, durante las largas veladas, se tejían cestas y se preparaban los adornos de mimbre para conservar las pequeñas garrafas de vino.

En esta casa reinaba la abundancia. Pero llegaron los días malos, y Pietro, aquejado de una grave enfermedad, languideció durante mucho tiempo y luego murió. Las cabras tuvieron que ser vendidas y Ruffo se fue a su vez. El huerto abandonado dejó de producir y la miseria se apoderó de la humilde familia. Sometida a un trabajo incesante, minada por dolorosas preocupaciones, Marta sintió que sus fuerzas se desvanecían rápidamente.

Al entrar en el interior, se ve en una litera, a esta mujer que ha envejecido antes de tiempo, con la tez amarillenta, las

mejillas hundidas y los ojos brillantes por la fiebre; esto es lo que las vigiliás, el sufrimiento y las lágrimas han hecho de la robusta campesina. Sus tres hijos están con ella. La mayor, Lena, de quince años, con los miembros delgados y las facciones ya marchitas por las privaciones y la inquietud, está sentada en una escalera plegable cerca de la cama, cosiendo algunos andrajos usados.

Sus hermanos pequeños, medio tumbados en la tierra, intentan tejer una cesta. Las paredes están desnudas, encaladas. En un rincón, unas hojas de helecho amontonadas sirven de cama para los niños. Una Virgen de madera, cubierta con una tira de tela que en otros tiempos fue azul, y unas cuantas imágenes toscas de santos forman, con unos muebles rústicos, los únicos adornos de la casa. Un silencio doloroso, apenas perturbado por la respiración oprimida de la enferma, reina en la cabaña. Los rayos dorados, que penetran por la puerta abierta de par en par, se burlan en medio de esta miseria.

Pero se oye un ligero ruido en el exterior. Suena como el roce de un paño en la arena del camino. Los niños se dan la vuelta y expresan su alegría. Una joven está de pie en el umbral de la puerta. ¿Es realmente una joven? ¿No es más bien una criatura sobrehumana, una aparición celestial? El sol que ilumina sus trenzas rubias corona su frente con una especie de halo. Su vestido blanco, su esbelta cintura, sus encantadores rasgos, la asemejan a esas pinturas virginales de Rafael Sanzio. Se acerca y

al verla, el rostro delgado de Marta se ilumina con una pálida sonrisa; los niños la rodean. Se inclina hacia la enferma y con su mano blanca y suave presiona sus dedos ardientes, brindándole palabras consoladoras y amigables. Una matrona, doblada bajo el peso de una enorme cesta, entra a su vez. Se sienta, sin aliento, y pronto extiende sobre el arcón de madera provisiones de todo tipo, una generosa botella de vino, ropa, una manta. Estos objetos se amontonan en el mueble demasiado estrecho para acomodarlos.

Por el aire afectuoso de la joven, por la avidez con la que es recibida y celebrada, podemos adivinar que sus visitas son frecuentes. La agradable joven rubia es la providencia de esta humilde morada, como de todas las del valle donde hay aflicciones que consolar, lágrimas para ser enjugadas, sufrimientos para ser curados. Por eso la llamaban el hada de los pobres (*fala dei poveri*)¹.

Giovanna (Juana)² Speranzi nació en la villa de los Lentisques, cuyas terrazas blanqueantes pueden verse desde el valle.

Hasta sus dieciocho años vivió en este lugar amado por el sol y las flores. Se dice que el alma está ligada por influencias secretas a las regiones que habita, que participa de su encanto o de su dureza. Giovanna creció bajo este cielo límpido, en medio de esta naturaleza serena, y todas las armonías físicas y morales se han unido para hacer de ella una maravilla de belleza, de perfección. Es

(1) *N. del A.*

(2) *N. del T. Nombre en francés en la obra original (Jeanne).*

alta y delgada; su tez es blanca, su pelo es rubio, espeso y sedoso, su boca es bonita y sus dientes son pequeños y brillantes, sus ojos son de un azul profundo y suave. La parte superior del rostro tiene un sello de nobleza, de pureza ideal. Una luminosidad parece envolverla. A pesar de su habitual expresión melancólica, Giovanna, en el florecimiento de sus dieciocho primaveras, es una de las jovencitas más hermosas de Milán. Huérfana a los trece años, conserva un vivo recuerdo de la pérdida de su familia. Ahora, pensativa y ensimismada, su frente soñadora se inclina a menudo sobre la tierra donde duermen sus seres queridos. Sus ardientes aspiraciones la llevan hacia las cosas de arriba, hacia Dios, hacia el infinito. No desdeña el mundo, pero en su corazón se esconde un tesoro de sensibilidad, de inefable caridad; Cada dolor, cada pena despierta un eco en ella. Por ello, dedica su vida a los que lloran. No conoce ninguna alegría más dulce, ninguna tarea más cautivadora que la de ayudar y consolar a los más desafortunados.

Así pasó su juventud, entre una tía enferma y una vieja enfermera que la cuida, que la acompaña en sus visitas a los necesitados.

Sin embargo, un incidente rompió hace poco la uniformidad de esta vida, y ensombreció el alma cándida de Giovanna. Un día, mientras seguía el conocido camino que lleva a la casa de los Menoni, unas nubes oscuras se agolparon sobre el valle, grandes gotas de agua cayeron ruidosamente entre los arbustos de avellanos, y el

trueno que retumbó de repente llenó los barrancos de las montañas con sus sonoras ráfagas. Tan pronto como entró en la casa de campo, la tormenta estalló a sus espaldas con violencia, doblando las copas de los árboles hasta el suelo, y velando el horizonte con una espesa cortina de lluvia. El torrente, hinchándose a simple vista, mezclaba el susurro de sus aguas con el clamor de la tormenta.

Un joven vestido con un traje de caza, con un rifle en la mano, corrió hacia la casa de campo y pidió refugiarse allí. Mientras la tormenta causaba estragos en el exterior, pudo examinar su entorno con tranquilidad. A la vista de esta miseria, al ver el aspecto de Marta tumbada en un lecho de sufrimiento, pareció interesarse por su desgracia e hizo algunas preguntas discretas, a las que Juana³ respondió bajando los ojos. La presencia, el papel de este ángel consolador entre estas personas desdichadas le conmovió. Él pidió unirse a esta buena obra, y cuando la conversación se había entablado, la tormenta había terminado hacía tiempo y el sol había comenzado a sonreír de nuevo, sin embargo, aún no pensaba en dejar esta casa donde el azar lo había llevado. Al final se retiró, pero para volver a menudo. No pasaba un solo día sin que apareciera a la hora habitual en que Giovanna visitaba la familia pobre. Permanecía allí hasta su partida, mirándola, admirando su gracia virginal, su exquisita bondad con la enferma. Incluso acabó prolongando sus visitas mucho tiempo después de que ella se alejara hablando con Lena sobre ella, y haciéndole mil preguntas.

(3) N. del T. Nombre en francés en la obra original (*Jeanne*).

Aunque nunca había cruzado el umbral de los Menoni antes de aquel tormentoso día, Maurice Ferrand no les era desconocido. Quince años antes, un francés, exiliado a causa de acontecimientos políticos, había llegado a asentarse en el país. Había comprado en Domaso, un pueblo a orillas del lago, cerca de Gravedona, una pequeña casa situada en una colina cuyas vistas abarcaban el inmenso panorama de las aguas y las montañas, la Brianza, la Valtellina, las grandes cumbres de los Alpes. El exiliado trajo consigo a su hijo, un niño de entre ocho y diez años, cuya madre había muerto en Francia. Maurice, mientras paseaba por el lugar siguiendo a los pequeños pastores en las rocas en busca de nidos de palomas o a los pescadores de truchas que exploraban los lechos de los torrentes, pronto aprendió el lenguaje poético y sonoro de Manzoni y Alfieri. Pero tuvieron que renunciar a estas alegrías y un día su padre lo llevó a Como, donde tomaron el ferrocarril a Milán. Cuando llegaron a esta gran ciudad, la primera preocupación del exiliado fue colocar al niño en una de las mejores instituciones, y luego volvió a la casa donde vivía solo con sus libros y una vieja sirvienta local.

Maurice progresó rápidamente. Su aguda inteligencia y su prodigiosa memoria le sirvieron tanto que, al cabo de unos años, no teniendo nada más que aprender en el establecimiento donde había sido colocado, tuvo que continuar sus estudios en la Universidad de Pavía. Al mismo tiempo que su educación se desarrollaba, su carácter iba tomando forma, un carácter singular, una

mezcla de sentimientos generosos y ásperos. A Maurice le gustaba instintivamente la soledad; tenía pocos amigos. Las costumbres ruidosas y exuberantes de los lombardos y toscanos entre los que se encontraba no eran de su agrado. Vivía apartado de los demás todo lo posible, dedicando su tiempo libre a la lectura de sus poetas favoritos. Una profunda curiosidad le acercaba también a los estudios filosóficos. Desde muy joven, buscó el porqué de las cosas, queriendo profundizar en esos misteriosos problemas que dominan la vida y que, como el flujo del mar, expulsado de nuestros pensamientos por la impotencia, vuelven a ellos cada vez más imperiosos.

El sentimiento religioso se había manifestado primero en él a través de un fuerte amor al catolicismo. El culto italiano con gran pompa, la poderosa voz de los órganos, los cantos, los perfumes, la magnificencia de los edificios, de este “Duomo” de Milán, una maravilla de la escultura, cuyas estatuas de mármol se perfilan en innumerables legiones sobre el cielo azul, todos estos esplendores del romanismo llenaban el alma de Maurice de una profunda emoción. Pero cuando los sentidos se habían acostumbrado a estas sonoras pompas, su razón quiso descender a las profundidades de los dogmas, analizarlos, investigarlos, cuando al rasgar el velo brillante y material que oculta la pobreza de la enseñanza católica a los ojos del vulgo, tan solo vio una moral empañada por la casuística, los principios de Cristo distorsionados, un Dios parcial y cruel reinando sobre un montón de supersticiones, buscó una creencia

ilustrada, capaz de satisfacer su corazón, su razón, su necesidad de fe y de justicia. Se sumergió en el estudio de diversas filosofías, desde las de los griegos y orientales al moderno y desecante positivismo. De este colosal examen, surgió para él una fe espiritualista, basada en el estudio de la naturaleza y de la conciencia, encontrando en la comunicación íntima del alma con Dios una fuerza moral que para él era suficiente para mantener al hombre en el camino recto. Sospechaba que la existencia actual no era la única para nosotros, que el alma debe elevarse a través de vidas sucesivas y siempre renacientes de mundo en mundo hacia la perfección.

II

Era sobre todo durante los viajes, demasiado cortos para su gusto, que Maurice realizaba a la casa paterna y durante las excursiones que seguían, que sus pensamientos, estimulados por la poesía de la naturaleza, se elevaban hacia Dios con un impulso rápido y seguro. Le gustaba vagar por los barrancos salvajes de los montes, recorrer los lugares remotos donde retumba el rugido perpetuo de los torrentes y cascadas, los bosques de abetos, de hayas y alerces que cubren con sus cúpulas oscuras las laderas de los Alpes del Tesino.

El soplo del viento, rozando las ramas, arrojando en las profundidades del bosque sus notas lastimeras y armoniosas, como el toque de un órgano invisible, el murmullo del agua que brota, el canto de los pájaros, hasta el sonido lejano del hacha golpeando los troncos, todas estas formas de soledad confortaban su espíritu, le hablaban un lenguaje de paz. En las cumbres bañadas de luz, bajo las bóvedas cubiertas de vegetación, su oración se alzaba hacia Dios aún más pura y ardiente que en los templos invadidos por la muchedumbre. En el corazón de los bosques perfumados, los retiros ocultos en la sombra le invitaban al descanso. Y los mil ruidos de esta naturaleza alpina formaban para él una deliciosa melodía que le embriagaba hasta el punto de olvidar las horas y dejar pasar el momento del regreso.

No obstante, era necesario despertar de esta fiesta para los ojos y el corazón y retomar el curso de los estudios interrumpidos. Maurice aprobó sus exámenes con éxito. Después, dudó entre diversas oportunidades de carrera que se le ofrecían, pero por invitación de su padre eligió la de derecho, se graduó como abogado y empezó a ejercer en Milán. Su audaz y vibrante elocuencia, su viva imaginación, el estudio minucioso de los casos que se le encomendaban, pronto le hicieron destacar en el mundo de los tribunales; un brillante porvenir sonreía a su ambición si hubiera estado dispuesto a doblegar su conciencia a las sutilezas de los pleitos y la política, para convertirse en el satélite de los poderosos.

Pero esta alma elevada y orgullosa no podía rebajarse a tal cometido. Las intrigas, las vilezas de las cortes y los salones la llenaban de amargura. El espectáculo de un mundo ocioso y corrupto, que hace alarde de sus riquezas y títulos, la codicia y el egoísmo que asaltan la sociedad y la dominan; la probidad vacilante; la especulación desenfrenada que humilla el trabajo regenerador; todas estas úlceras de nuestra época de decadencia moral mostrándose en su fealdad a los ojos del joven le enseñaron a despreciar la vida, a desprenderse cada vez más de las cosas terrenales. En la copa de los placeres donde quiso mojar sus labios, no encontró más que hiel; el amor por encargo, la orgía brutal, el juego estupefaciente, eran para él otros tantos monstruos que le hacían retroceder con horror.

Con tales gustos, una disposición natural para la meditación y el amor por la soledad vio cómo todas sus relaciones se deshacían poco a poco. Los que le habían acogido al principio, repelidos por esta rigidez, por esta misantropía que se expresaba en términos amargos, por la ausencia de esa benevolencia tan necesaria al hombre sabio, se alejaron de Maurice y lo abandonaron a sus sueños. El vacío fue creciendo a su alrededor. Un profundo disgusto se apoderó del joven abogado. Rechazaba los casos malos o dudosos que se le ofrecían y veía cómo disminuía el número de sus clientes. Sus brillantes facultades se quedaron sin trabajo.

Un sombrío abatimiento se apoderó de él, cuando de Domaso le llegó la noticia de que su padre, gravemente enfermo, le reclamaba a su lado. Maurice partió enseguida.

El exiliado, consumido por la nostalgia, por ese amor por la tierra natal, esa necesidad de la patria que nada puede sustituir luchaba en vano contra una enfermedad sin remedio. Pronto murió en los brazos de su hijo. Esta muerte proyectó una sombra aún más espesa sobre la frente de Maurice; su tristeza y melancolía naturales aumentaron. Renunció a la abogacía y se instaló en la pequeña y solitaria casa que le había dejado el fallecido. Su tiempo se dividía entre la lectura y las excursiones. A menudo, por la mañana, cogía su rifle y, con el pretexto de la caza, recorría la región en todas las direcciones, en busca de aventuras, despreocupado por los senderos.

Los animales podían pasar impunemente a su lado. Sumergido en un sinfín de ensueños, apenas pensaba en perseguirlos. A veces se sentaba en algún saliente rocoso con vistas al lago, para observar el movimiento de las embarcaciones deslizándose bajo el esfuerzo de los remeros, las águilas dibujando inmensos círculos en el cielo, el lento desvanecimiento de la luz durante las horas de la tarde, y sólo cuando la noche comenzaba a extender su velo sobre la tierra, pensaba en regresar a su casa.

Fue durante uno de estos recorridos cuando, sorprendido por la tormenta, se refugió en casa de los Menoni y conoció a Giovanna. Desde ese día, su vida cambió.

La visión de esta niña le reconfortó de repente. Un alegre rayo de sol atravesó la oscuridad de su alma; una voz desconocida cantó en su corazón. Al principio, no se dio cuenta del nuevo sentimiento que estaba naciendo en él. Una fuerza magnética le llevaba hacia la chica y él la obedecía instintivamente. Cuando ella estaba allí, frente a él, se abandonaba a sí mismo mirándola, escuchándola. El timbre de su rítmica voz despertó en su ser ecos de infinita dulzura. Vio en ella más que una hija de la tierra, más que una criatura humana, como una aparición pasajera, un reflejo misterioso de otro mundo, un tesoro de belleza, de pureza, de caridad, a la que Dios prestaba una forma sensible para que, al verla, los seres humanos pudieran comprender las perfecciones celestiales y aspirar a ellas. La presencia de Giovanna le sacaba de su misantropía. Ella hizo surgir un torrente de pensamientos

benévolos y generosos, un ardiente deseo de ser bueno y de consolar. Su ejemplo le invitaba a hacer el bien; sentía el vacío, la inutilidad de su vida y comprendía al fin que había mejores cosas que hacer aquí que rehuir de los hombres y encerrarse en una indiferencia egoísta. Se interesaba por los sufrimientos de los demás; pensaba más a menudo en los pequeños, en los desheredados de este mundo, en todos los que se ven abrumados por la adversidad; buscaba con ahínco la manera de serles útil.

Durante sus encuentros, aunque hablaban poco, intercambiaban mil pensamientos. El alma tiene medios de expresarse, de comunicarse con el mundo exterior que la ciencia humana no puede definir, ni analizar. Una atmósfera fluida, en íntima correlación con su estado moral, envuelve a todos los seres y según su naturaleza, simpática o contraria, son atraídos, repelidos, se expanden o se encogen, y es así como podemos explicar las impresiones que nos produce la visión de personas desconocidas.

Los días pasaban. Gracias a la ayuda de Juana⁴, gracias a los cuidados del médico de Gravedona cuyas visitas pagaba Maurice, Marta había recuperado la salud. El día que pudo salir, una agradable sorpresa la esperaba fuera. El jardín, antaño cubierto por las hierbas voraces y las zarzas enmarañadas, había vuelto a ser limpio y bonito. El otoño había adornado los árboles con guirnaldas de oro y esmeralda. Perales, higueras, albaricoqueros, se inclinaban bajo el peso de sus frutos. Largos racimos

(4) N. del T. Nombre en francés en la obra original (Jeanne).

de uvas rojizas colgaban entre las ramas de las moreras; opulentas verduras cubrían las parcelas. Un hábil jardinero, enviado por Maurice había podado los árboles, cuidado las vides y realizado esta transformación. Había convertido este rincón desolado en un maravilloso huerto. El invierno podía llegar. La vida de la familia pobre estaba asegurada.

III

En una de las colinas que bordean el lago, a cierta distancia de Gravedona, se extiende una cortina de tejos y cipreses. Su verdor oscuro aparece desde lejos salpicado de manchas de blanco brillante. Entre las verdes ramas se levantan cipos funerarios, cruces de madera o de piedra. Es el Camposanto (campo de los muertos)⁵, el lugar donde se desenreda la cadena infinita del sufrimiento humano. Una brillante flora prospera entre las tumbas y difunde agradables aromas en el aire. La luz se derrama y los pájaros cantan sobre las piedras sepulcrales. ¿Qué le importa a la naturaleza si tanta esperanza y alegría queda enterrada allí para siempre a los ojos de los humanos? No por ello deja de proseguir su ciclo de maravillosas transformaciones.

No muy lejos de la entrada del cementerio, una gran losa de mármol está enmarcada por rosales, jazmines y claveles rojos, entre los que zumban los insectos. Una acacia la cubre con su sombra.

Allí duermen, mecidos por los ecos lejanos, por los murmullos debilitados de la vida, los padres de Giovanna, y es su mano piadosa la que mantiene estas flores. Varias veces a la semana, baja a la iglesia de Gravedona para rezar, y desde allí, seguida por su

(5) *N. del A.*

enfermera, se dirige al lugar donde yacen los restos de su familia; allí también yace el cuerpo del padre de Maurice a quien, en su taciturno aburrimiento, le gusta deambular por estos silenciosos parajes para emparar su mente en la tranquilidad de la ciudad de los muertos. Un día, los dos jóvenes se encontraron allí, Giovanna, arrodillada con la cabeza inclinada sobre la tumba de su madre, parecía hablar con ella en voz baja; se podía ver cómo se movían sus labios. ¿Qué le estaba diciendo a la mujer muerta? ¿Qué misterioso intercambio de pensamientos estaba teniendo lugar entre estas dos almas? Maurice no lo sabía, pero temiendo perturbar esta meditación, se mantuvo al margen, inmóvil y atento. Al levantarse, Giovanna lo vio, y su rostro se sonrojó. Pero él, feliz por este encuentro se acercó y la saludó.

—Signorina, le dijo, veo que el mismo motivo nos conduce a este lugar. ¿Es hermoso, verdad, venir a soñar cerca de los que hemos perdido, para demostrar que su memoria sigue grabada en nuestros corazones?

—Sí, respondió, y en el cumplimiento de este deber uno saca nuevas fuerzas, y al hacerlo, uno se fortalece en el bien. Cada vez que vengo aquí, me voy más tranquila, más sumisa a la voluntad de Dios.

—¿También sentirás lo que yo siento junto a los muertos? En cuanto me acerco a la tumba de mi padre, me parece que se establece una comunicación íntima entre él y yo. En lo más profundo de mi ser se establece

una conversación. Me parece oír su voz, le hablo y me responde. Pero ¿acaso es sólo una vana ilusión, un efecto de nuestra emoción?

Ella le miró con ojos que brillaban con un fuego profundo y suave.

—No, no es una ilusión, dijo, yo también puedo escuchar esas voces interiores. Hace tiempo que aprendí a comprenderlas. Y no es sólo aquí donde las oigo. Dondequiera que esté, si llamo a mis seres queridos invisibles con el pensamiento, ellos vienen, me aconsejan, me animan, guían mis pasos en la vida, la tumba no es una prisión, a lo sumo puede considerarse una especie de altar del recuerdo. No pienses que las almas están encadenadas a ella.

—¿Acaso las almas de los muertos vuelven a la tierra?

—¿Podrías dudarlo?, dijo la joven. ¿Cómo podrían, aquellos que nos amaron aquí en la tierra, perder el interés por nosotros en el espacio? Liberados de las ataduras de la materia, ¿no son más libres, y el recuerdo del pasado les acerca a nosotros? Sí, efectivamente, ellos regresan y se unen a nosotros en nuestras alegrías y en nuestras penas. Si Dios lo permitiera, a menudo los veríamos a nuestro lado, alegrándose de nuestras buenas acciones, entristeciéndose por nuestras faltas.

—Sin embargo, eres una católica devota, ¿y no enseña el catolicismo que al morir el alma es juzgada y, según el decreto divino, eternamente destinada al lugar de castigo o a la morada de los bienaventurados?

—Adoro a Dios, obedezco su ley lo mejor que puedo, pero esta ley es una ley de amor y no una ley de rigor. Dios es demasiado bueno y justo para castigar eternamente. Conociendo la debilidad del hombre, ¿cómo podría ser tan severo con él?

—¿Cuál crees entonces que será la sanción del bien y cómo se cumplirá la justicia divina?

—El alma, al abandonar la tierra, ve desgarrarse el velo material que le hacía olvidar su origen y su destino. Entonces comprende el orden del mundo; ve que el Bien reina por encima de todo. Según si su vida ha sido buena o mala, estéril o fértil, conforme o contraria a la ley del progreso, disfruta de una deliciosa paz o sufre crueles remordimientos, hasta que retoma los asuntos pendientes.

—¿Y cómo?

—Volviendo a esta tierra de prueba y de dolor para trabajar por su progreso, para ayudar a sus hermanas en su marcha común hacia Dios.

—¿Piensas, entonces, que el alma debe vivir varias existencias aquí en la tierra?

—Sí, yo lo siento así, una sola existencia no puede bastar para permitirnos alcanzar la perfección; y ¿de qué otra manera se puede explicar el hecho de que los hijos de Dios sean tan diferentes en carácter, en valor moral, en inteligencia?

—Permíteme que me sorprenda que a una edad en la que tantas jovencitas andan riendo y son alocadas tú seas tan seria, tan reflexiva, tan ilustrada sobre las cuestiones de arriba.

—Es sin duda porque he vivido más que aquellas de las que hablas.

—Creo, como tú, que la existencia actual no es la primera que hemos realizado, pero ¿por qué se borra de nuestra memoria el recuerdo del pasado?

—Porque los ruidos y las ocupaciones de la vida material nos distraen de la observación interior de nosotros mismos. Me vienen muchas reminiscencias de mis vidas pasadas. Creo que muchas personas podrían reconstruir sus vidas pasadas analizando sus gustos y sentimientos.

—La amistad o la aversión instintiva que sentimos a primera vista por ciertas personas, ¿no podría tener su origen en este oscuro pasado?

—Sí, sin duda, pero debemos resistir estos sentimientos de repugnancia. Todos los seres son nuestros hermanos y les debemos nuestro afecto.

—Así pues, este impulso irresistible que me llevaba hacia ti desde el primer día que te vi, esta fuerza que no ha hecho más que crecer desde nuestro encuentro en casa de Marta, y que me hace buscarte en todas partes, sería una prueba de que ya nos hemos encontrado y conocido en la tierra.

La chica sonrió y se calló.

—Querida señorita, continuó Maurice, en tono grave y emocionado, a decir verdad, nuestros pensamientos se unen en una singular concordancia. Encuentro en ti todas mis ideas; pero estas ideas, confusas en mi mente, se amplían e iluminan al pasar por tu boca. La soledad y la reflexión han hecho de ti un ángel de bondad y dulzura; a mí me habían amargado, me habían convertido en un ser indiferente al sufrimiento humano. Pero el día que te vi trabajar, entendí dónde estaba el bien, dónde estaba el deber. Mi vida ha recibido un nuevo impulso. Es a ti a quien debo esta revelación. Cuando te vi, cuando te escuché, se rasgó un velo, un mundo infinito de sueños, imágenes, aspiraciones, se mostró a mis ojos. Además, tu presencia se ha convertido en una necesidad para mí, una profunda alegría. Ojalá podamos volver a vernos a menudo.

Un ruido de pasos y voces le impidió continuar, y llegó en el momento justo para ocultar la confusión de Giovanna. Se acercaba un cortejo fúnebre; una salmodia lúgubre se elevaba en el aire. La joven llamó a su enfermera, pero antes de marcharse hizo una señal amistosa a Maurice y le dijo: ¡Adiós!

El joven la siguió con la mirada hasta que su vestido blanco desapareció al doblar la esquina.

El asombro que su primer encuentro con Giovanna había suscitado en la mente de Maurice había ido creciendo a medida que la iba conociendo mejor.

Pero poco a poco esta impresión se había transformado en un sentimiento muy diferente. Después de cada una de sus reuniones en casa de Marta, se sentía, como él mismo había dicho, mejor, más inclinado a la bondad, más amable con sus semejantes. El misterioso poder que irradiaba alrededor de la chica le envolvía, derritiendo lo que había de duro y gélido en su alma. Una fuerza de atracción, invencible, lo unía a ella. Una especie de embriaguez ascendía en su cerebro con sólo escuchar el sonido de su voz. Maurice amaba. Amaba con el ardor juvenil, con el entusiasmo de un corazón que habla por primera vez. Cada día descubría una nueva perfección en Giovanna. Todos los que la conocían, todos aquellos humildes habitantes del valle a los que ella había ayudado, ¿acaso no alababan sus virtudes? ¡Y de qué manera, a pesar de su delicadeza y modestia, ella se mostraba

superior a todas las chicas de su edad! Maurice había visto de cerca las señoritas de la gran ciudad lombarda, conoció a las jóvenes alegres de Como y de las orillas del lago. En ningún lugar había encontrado a alguien igual. La vanidad, el deseo de brillar, reinaban en la mayoría de ellas. Sin duda, entre las que había conocido había personas atractivas, chicas jóvenes capaces de hacer feliz a un marido; Ninguna de ellas tenía esa sencillez combinada con ese aire noble y dulce, ese algo de sobrehumano, esa llama casi divina que se reflejaba en los ojos de Giovanna, ganaba sus corazones, alejaba de los que se acercaban a ella cualquier pensamiento bajo o impuro. ¿No era maravilloso oírla, a sus dieciocho años, hablar con tanta convicción de las grandes leyes ignoradas por los hombres, penetrar los oscuros misterios de la vida y la muerte, consolar a los indecisos y mostrar a todos lo que es el deber? Esto es lo que pensaba Maurice después del encuentro en el cementerio, y la imagen de Giovanna invadía su mente. Rememoraba todos los incidentes que le habían acercado a ella. Volvía a verla como se le había aparecido un día de fiesta en la iglesia de Gravedona, sumida en la oración, mientras a su alrededor solo se oía ruido, el movimiento de las sillas, el roce de las telas sobre las losas. Y de todo ello: recuerdos, pensamientos, esperanzas secretas, surgía un delicioso sueño, un sueño de amor y felicidad, que acariciaba en silencio en el fondo de su alma.

IV

Maurice, en sus aventuras errantes, se había encontrado varias veces con Luisa, la vieja enfermera. Después de haber conquistado su amistad, tuvo la certeza de que sería bien recibido en la villa Speranzi, y acudió allí un día. Quienquiera que, al conocer al abogado misántropo, hubiera podido leer en su corazón, se habría sorprendido de la emoción que sentía. El enfoque que intentaba adoptar ¿iba a destruir o cumplir sus expectativas? Fue muy bien recibido por la tía de Giovanna que, debilitada por la edad y la enfermedad, sintió que había llegado el momento de dar un apoyo natural, un marido a su sobrina. Permitió que Maurice la visitara de nuevo, lo que hizo con frecuencia. Y así empezaron para los jóvenes aquellas largas pláticas, aquellas conversaciones en la terraza con vistas al lago, durante las cuales sus almas se encontraban en confidencias mutuas. Maurice contaba su vida, la triste vida de un niño privado de madre, luego las desilusiones y los desánimos de su juventud. Abría su corazón a Giovanna, casi desgarrándolo. Ella le consolaba, le confiaba sus sueños, sueños tan cándidos y puros como los de un ángel. Y estos dos seres que se acercaban poco a poco, aprendían a amarse cada vez más, se formaban mil lazos secretos que los envolvían, uniéndolos en redes estrechas y poderosas.

Pronto se fijó el día en que, según las costumbres de la alta Italia, debía celebrarse el compromiso, y se preparó todo para esta fiesta íntima, en la que debían participar dos o tres viejos amigos. La víspera de este día, Maurice subió a primera hora a la villa. Después de la cena, los dos jóvenes se dirigieron a la terraza, desde donde sus miradas podían extenderse sobre un horizonte mágico. Se sentaron en silencio bajo un bosquecillo de naranjos. Luisa se mantenía un poco apartada.

La noche avanzaba lentamente; extendía su velo azulado sobre el lago, extendía una tonalidad uniforme sobre los campos de olivos, los viñedos, los bosques de castaños, las ciudades y los pueblos. Mientras las sombras se densificaban en los valles, las cimas de las colinas, enrojecidas por el color púrpura del sol poniente, parecían un montón de focos de incendio. La noche fue cayendo poco a poco; sus franjas oscuras se extendían por las crestas; innumerables luces brillaban en las ventanas de las villas y las chozas. La oscuridad envolvía totalmente el lago y su entorno montañoso, pero hacia el norte los últimos rayos de luz aún coloreaban el coloso de los Alpes con matices fantásticos. Como un ejército de gigantes dispuestos a la batalla, el Bernina, el Sella, el Monte d'Oro, el Disgrazia y otros veinte picos alzaban sus orgullosas cimas coronadas de nieve hacia el cielo, sobre las que el sol proyectaba sus quebrados rayos antes de desaparecer en el oeste. En vano la noche intentaba abrazarlos, ellos luchaban con ella. Pero al final su velo cubrió estos magníficos frentes. Las últimas

lucos se apagaron. La noche triunfó; sola reinaría hasta el amanecer.

En todos los pueblos, las campanas sonaban. Era el ángelus, la oración de la tarde, la señal que despierta en todos, en el pescador del lago, en el leñador del bosque, en el pastor de la montaña, el pensamiento de Dios. Giovanna y Maurice, pensativos y recogidos, observaban este majestuoso espectáculo; escuchaban el sonido melancólico de las campanas, seguían con la mirada las hermosas estrellas doradas que aparecían en las profundidades del cielo para subir lentamente, en apretadas legiones, hacia el cenit. La poesía de esa noche llenaba sus almas; sus bocas estaban enmudecidas, pero sus corazones se fundían en un profundo éxtasis. Maurice fue el primero en romper el silencio.

—Giovanna -dijo-, ¿piensas alguna vez en esas esferas luminosas que se mueven en el espacio? ¿Te has preguntado si son, como nuestra tierra, mundos de sufrimiento, habitados por seres materiales y atrasados, o si almas más perfectas viven allí en el amor y la felicidad?

—Muchas veces, respondió, he visitado esos mundos. Protectores, amigos invisibles me atraen casi todas las noches hacia esas regiones celestes. Apenas he cerrado los ojos que un grupo de espíritus, con largas túnicas fluidas y frentes brillantes, me rodean; ellos me llaman. Veo mi propia alma, que, como ellos, se libera de mi cuerpo y

los sigue. Rápidos como el pensamiento, atravesamos espacios inmensos, poblados por una multitud de espíritus; en todas partes océanos de vida despliegan sus horizontes ilimitados. Por todas partes resuenan canciones armoniosas, de una dulzura desconocida para la tierra. Viajamos por estos archipiélagos estelares, estas esferas lejanas, muy diferentes de nuestro globo. En lugar de una materia compacta y pesada, muchas de ellas están formadas por fluidos ligeros, con colores brillantes. Mientras que los moradores de la tierra se arrastran penosamente por la superficie de su planeta, los habitantes de estos mundos, con sus cuerpos sutiles y aéreos, se elevan fácilmente, deslizándose por el espacio circundante. Actúan sobre estos fluidos ligeros y coloreados que constituyen el núcleo de sus esferas; les dan mil formas, mil aspectos diferentes.

Son palacios admirables, con columnas deslumbrantes, con innumerables pórticos, templos con cúpulas gigantescas, adornados con estatuas, con pilastras de gas, y cuyas paredes transparentes abren paso a nuestra mirada. Por todos lados se levantan prodigiosas construcciones, asilos de la ciencia y las artes, bibliotecas, museos, escuelas enormes, siempre invadidas por las multitudes. La educación se imparte mediante paneles luminosos y cambiantes. El lenguaje es una especie de música.

¿Cuáles son las necesidades corporales de los habitantes de estos mundos?

Son casi nulas. No conocen ni el frío ni el hambre, y casi no conocen la fatiga. Su existencia está muy simplificada. La dedican a aprender, a estudiar el universo, sus leyes físicas y morales. Rinden un magnífico culto a Dios, y despliegan en su honor los esplendores de un arte desconocido aquí abajo. Pero la práctica de las virtudes es sobre todo su objetivo. La miseria, las enfermedades, las pasiones, la guerra son casi ignoradas en estos mundos. Son lugares de paz y felicidad, de los que no podemos tener idea en nuestro globo de hierro y lágrimas. ¿Es aquí donde van los hombres virtuosos cuando dejan la tierra?

Hay que dar muchos pasos antes de poder entrar en estos mundos. Son los últimos peldaños de la vida material, y los seres que los habitan, diáfanos y ligeros para nosotros, siguen siendo toscos y pesados en comparación con los espíritus puros. En cuanto a nuestra tierra, es sólo un mundo inferior. Sólo después de haber vivido allí un número suficiente de existencias para perfeccionar su educación y su progreso moral, el espíritu la abandona para entrar en esferas cada vez más elevadas y asumir un cuerpo menos material, menos sujeto a males y necesidades de todo tipo. Tras un número incalculable de vidas, siempre más largas y dulces, creciendo en conocimiento y sabiduría, iluminándose más, progresando incesantemente, el alma abandona finalmente las moradas corpóreas y pasa a continuar el curso de su eterna ascensión en el infinito. Sus facultades se amplían, una fuente inagotable de caridad y amor fluye en ella; comprende las leyes superiores, conoce

el universo, vislumbra a Dios. Sin embargo, ¡Qué lejos están de nosotros estas bienaventuranzas, estas alegrías inefables! Debemos elevarnos a estas sublimes alturas; Dios nos ha dado los medios. Quiso que fuéramos los forjadores de nuestra propia felicidad. ¿No está la ley del progreso escrita en nuestra conciencia? No rehuyamos de las luchas, los sacrificios, todo lo que purifica, eleva, ennoblece. ¡Oh, si los hombres quisieran saber! ¡Si se dignaran a buscar la verdadera meta de la vida! ¡Qué horizontes se abrirían ante ellos! Cuán miserables les parecerían los bienes materiales, estos bienes efímeros, cómo los rechazarían para apegarse al bien moral, a la virtud que la muerte no puede arrebatarnos y que es la única que nos permite alcanzar las regiones dichosas.

Así transcurrían las horas. Maurice se embriagaba con las palabras de la chica, pues le enseñaban cosas que sus libros nunca le habían permitido conocer. Era para él como un lenguaje seráfico que le revela los misterios de ultratumba, y en verdad, Giovanna médium inspirada, era, sin saberlo, el eco de una voz sobrehumana que resonaba en lo más profundo de su ser.

Casi todos los días iban así, conversando a través de las aromáticas arboledas, calentados por los rayos del sol de Italia, acariciados por el viento bajo el cielo azul. A veces iban en una barca con Luisa y se dejaban deslizar suavemente por las corrientes del lago. Poco a poco, los sonidos tenues de la orilla se desvanecían a su alrededor. En lo alto, en el aire puro, volaban grandes aves de rapiña; los peces plateados jugaban en el agua

transparente. Todo les invitaba entonces al ensueño, a las dulces efusiones del corazón. Pero, atraída por una fuerza oculta hacia temas serios, Giovanna hablaba preferentemente de la vida futura, de las leyes divinas, del progreso infinito del alma, de su purificación a través de la prueba y el sufrimiento.

—El dolor —decía—, tan temido, tan ignorado aquí en la tierra, es en realidad la enseñanza por excelencia, la gran escuela donde se aprenden las verdades eternas. Sólo él acostumbra al ser a desprenderse de los bienes pueriles, de las cosas terrenales, para comprobar su trivialidad. Sin las pruebas, el orgullo y el egoísmo, estos flagelos del alma, no tendrían ningún freno. Su función es ablandar a los espíritus rebeldes, obligarlos a tener paciencia, obediencia y sumisión. El sufrimiento es el gran crisol de la purificación. Como el grano en el tamiz, siempre salimos mejor. Debemos haber sufrido para compadecernos de los sufrimientos de los demás. La aflicción nos hace más sensibles, nos inspira más piedad por los desafortunados. Si los hombres fueran ilustrados, bendecirían el dolor como el más poderoso agente de progreso, de ampliación, de elevación.

A través de él, la razón se fortalece, el juicio se confirma, las enfermedades del corazón desaparecen. Más alto que los bienes terrenales, más alto que el placer, más alto que la gloria, muestra al alma afligida la gran figura del deber que se eleva, imponente, augusta, iluminada por el resplandor del hogar que no se apaga.

Estas revelaciones, esta voz encantadora, estos acentos elocuentes e inspirados llenaban a Maurice de asombro y admiración.

—Oh Giovanna, decía, habla de nuevo, habla siempre, querido y vivo eco de mis esperanzas, de mi fe, de mi pasión por lo justo y lo verdadero. ¡Habla! Me alegra mucho escucharte, contemplarte. Y, sin embargo, a veces me encuentro con el temor de que nuestra felicidad desaparezca de repente. Nuestra dicha no es humana. Me parece que el viento amargo de la vida soplará sobre nuestro sueño de amor, una voz secreta me dice que un peligro nos amenaza.

En vano la muchacha trataba de disipar estos temores. La proximidad de los acontecimientos dolorosos nos llena de una vaga aprensión. ¿Acaso el alma percibe el futuro? Esto es un problema que supera nuestra inteligencia y que no podemos resolver.

Como dijo Giovanna, ¿quién puede contar con el mañana aquí en la tierra?

Las alegrías, las riquezas, los honores, el amor alocado, los afectos austeros, todo pasa, todo se escapa de las manos del hombre como la arena sutil. Las horas amargas y de desolación de la vida pueden tocar de cerca las horas de felicidad y paz; pero es raro, cuando las primeras se acercan que no se nos presente un pronóstico sombrío. Así era Maurice. Esta conversación sobre el dolor, pensaba,

¿acaso no era un presagio, como una advertencia de lo alto? Una dolorosa opresión se apoderó de su corazón al separarse de Giovanna.

La noche transcurrió larga y sin sueño. Pero la primera claridad del amanecer ahuyentó estas impresiones y cuando, al volver a su amada, la vio, llena de gracia, de alegría, de vida, vestida para el compromiso, sus últimos temores se desvanecieron como una niebla matutina bajo los rayos del sol de agosto.

V

Giovanna y Maurice habían intercambiado los anillos bendecidos por el sacerdote; el momento de su unión fue fijado. Entregados por completo a su felicidad, los días pasaban rápidamente para ellos. Ignoraban que una terrible plaga avanzaba, que sus estragos habían despoblado las llanuras lombardas y que el aire puro de las montañas no podría detenerlo. ¿Qué les importaban las noticias del exterior, los ruidos del mundo? El mundo para ellos se resumía en un único ser, ¡el que amaban! Sus pensamientos ahora sólo rondaban las regiones supraterrrestres.

Sólo pensaban en su amor, en la vida que se abría ante ellos, tan hermosa, tan rica en promesas. Pero la voluntad suprema iba a anular todas estas esperanzas. Después de haber vislumbrado una felicidad ideal, Maurice iba a recaer en la oscura y desesperante realidad.

Un violento tifus azotó las orillas del lago y Gravedona, el valle de Domaso, fueron sucesivamente afectados. Sólo habían pasado unos días y ya muchas casas estaban vacías. El humo azulado ya no se elevaba por encima de los tejados. El silencio, ese silencio feroz de la muerte o del miedo sustituían al ruido del trabajo y de las canciones; grandes cruces blancas aparecían en las puertas de las

casas desiertas. La guadaña de la Muerte segó muchas vidas entre aquellas familias de pescadores y artesanos, mal vestidos, mal alimentados, de dudosa limpieza y que ofrecían una presa fácil a la peste. Durante todo el día la campana de la iglesia tocó el timbre fúnebre y muchas procesiones se dirigieron al camposanto.

La epidemia no perdonó a la familia Menoni. Marta fue la primera en caer enferma, y luego su hija padeció a su vez. Todas las familias, todas las casas afectadas por la peste fueron abandonadas. Había pocos médicos. No se podía esperar ningún tipo de atención por parte de los familiares o amigos. El aislamiento, el sufrimiento y la muerte, eso era lo que les esperaba a los que el contagio alcanzaba. Las quejas que resonaban por todas partes, la desolación general, arrancaron a Giovanna de su quietud, de su felicidad. La imperiosa voz del deber se alzó en su interior y dominó la voz del amor. Desdeñando el peligro, sorda a las súplicas de Maurice, a partir de entonces dividió su tiempo entre los desafortunados abandonados. Su prometido, incapaz de apartarla del peligro, imitó su ejemplo. Giovanna pasó un mes entero junto a la cama de los moribundos; muchos murieron ante sus ojos. Marta y su hija murieron a pesar de sus cuidados. Hasta sus últimos momentos los asistió, soportando con aparente calma el espectáculo de sus convulsiones, respirando el aliento venenoso que salía de sus labios. Tantas emociones, tanto cansancio abrumaron a la joven. Una noche, cuando regresaba a la villa con Maurice, agotada, se habría desmayado por

el camino si su prometido no la hubiera recibido en sus brazos. Tuvo que acostarse en cuanto llegó a casa, y los temibles síntomas se manifestaron de inmediato. Un círculo de fuego apretaba sus sienes; zumbidos inusuales crujían en sus oídos; escalofríos se apoderaron de ella, y un tinte muy moreno se extendió alrededor de sus ojos. La enfermedad avanzaba rápidamente; La vida de Giovanna se derretía como una cera blanda bajo el aliento de la epidemia. Al día siguiente, la sombra de la muerte se cernía sobre sus rasgos. Maurice, pálido y desesperado, se mantenía cerca de ella, presionando sus frías manos. Acercando sus labios a su boca descolorida, le pedía a Dios que le hiciera aspirar la muerte con un beso.

Giovanna respondía suavemente a su abrazo. Sus ojos, que ya brillaban con el resplandor del más allá, se fijaban en él con una expresión de calma, de serena dulzura. Incluso en ese momento solemne, a pesar del sufrimiento que rompía sus miembros, una sonrisa resignada iluminó su rostro. Hacia el atardecer, comenzó la agonía. Giovanna se agitaba convulsivamente, luchando bajo una dolorosa opresión, implorando a Dios con gritos. A estas terribles crisis les siguió un profundo abatimiento, una inmovilidad parecida a la muerte. Sólo los labios de la chica se movían. Parecía estar hablando con seres invisibles. A veces, también, se la oía susurrar el nombre de Maurice. Un leve estrechamiento de la mano, una última sacudida, y Giovanna expiró. El alma de este ángel volvía a Aquel que la había creado.

Maurice, aplastado por el dolor, estaba como un hombre ebrio. Sus lágrimas, incapaces de fluir, recaían sobre su corazón y lo ahogaban en las olas de una feroz desesperación. Cuando llegó la noche, se encendieron cirios cerca de la cama; un crucifijo yacía sobre el pecho de la difunta, cuyo cabello rubio formaba una corona dorada alrededor de su pálida cabeza. Sollozos medio reprimidos surgieron de los rincones de la habitación. La tía, la antigua enfermera de Giovanna, algunos pobres a los que la mujer muerta había prestado ayuda, rezaban y lloraban. Maurice se acercó a la ventana abierta de par en par. ¡Ironía de la naturaleza! El disco brillante de la luna iluminaba las llanuras y las montañas; los aromas balsámicos flotaban en el aire; el torrente, corriendo sobre las piedras, emitía su alegre murmullo al que respondía el ruiseñor suspendido en las ramas altas. En medio de la cálida y fragante noche, todo era luz y cantos, todo celebraba la alegría de la vida, y allí, en su lecho virginal, la dulce niña estaba ya durmiendo el sueño eterno. Así pensó Maurice; mil ideas oscuras y tumultuosas retumbaban en su cerebro como un viento tempestuoso.

¡Qué clase de Dios cruel es este que juega con nuestros corazones! Haberle mostrado la felicidad, haberle hecho tocarla, sólo para robársela de inmediato. Esos sueños dorados, esos sueños formados juntos ¿se han ido para siempre! Aquel cadáver que yacía allí ¿era todo lo que quedaba de Giovanna?

No volvería a verla, no volvería a escuchar su voz, no volvería a ver en sus ojos esos destellos de ternura que lo embriagaban, que le reconfortaban deliciosamente. Unas horas más y ya no quedaría nada de ella, nada más que un recuerdo, un recuerdo desgarrador, penetrante como una espada en el alma ulcerada. Se acabaron las carreras, los dos juntos por el valle, los paseos por el lago a plena luz del día, se acabaron las charlas en la terraza a la cálida luz de la noche. Estaba triste, abrumado, cuando la conoció; como un rayo su mirada había iluminado su vida, y ahora de repente todo se había apagado. Todo había terminado; su vida estaba cerrada, no más sueños felices, no más esperanza, el vacío, la soledad espantosa, la oscuridad volvía a aparecer a su alrededor. ¡Qué rápido le latía el corazón en el pecho, cómo le ardía la cabeza! Un peso aplastante hacía que inclinara la frente y se le doblaran las rodillas. Llamaba a la muerte, la anhelaba. “Ven, decía, llévame con ella, envuélvenos en la misma mortaja, túmbanos en la misma tumba; ¡que nos cubra la misma piedra!” Pero no, ella estaba muerta, pero él tenía que vivir. ¡Qué abismo se abría bajo sus pies! Y la rebeldía estallaba en esta alma contra el implacable destino.

Rememorando los recuerdos de su vida, desde los tristes años de su infancia, Maurice veía pasar en un torbellino las ilusiones disipadas, las alegrías pasajeras, tan fugaces, y las efímeras felicidades de su juventud. Todas las sombras, todas las preocupaciones del pasado, surgieron como un torrente amargo de las profundidades de su

memoria, sumergiéndolo en él las últimas esperanzas. En su lugar, quedó un profundo sentimiento de aislamiento, de abandono. Todos los que había amado se habían ido. Su madre, fallecida cuando era niño, luego su padre y ahora Giovanna. Todo lo que había alegrado su vida, todo lo que había hecho latir su corazón iba a resumirse en tres tumbas. “Oh, murmuraba, ser invisible que se ríe de nuestras lágrimas, ¿sólo nos has hecho vivir para torturarnos? Pero yo no pedí nacer. ¿Por qué me sacaste de la nada, donde se duerme, donde se descansa, donde no se sufre?” El alba vino a iluminar con su pálida luz la triste escena de la muerte, Giovanna depositada en el ataúd, la llegada del sacerdote, la partida hacia el cementerio. Como un autómatas, Maurice siguió el féretro, cubierto de ramos de rosas blancas, llevados por jovencitas de Gravedona. En su dolor, no vio nada de la ceremonia fúnebre en la iglesia, no oyó nada de la salmodia lúgubre. El sonido sordo de la tierra cayendo sobre las tablas del ataúd le hizo volver en sí.

Cuando la tumba se cubrió, los ayudantes se fueron, y él se quedó solo ante la tumba de su prometida. Entonces se le desgarró el corazón; se arrojó al suelo, extendiendo los brazos sobre la joven muerta; un sollozo surgió en su pecho y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

VI

Llegó el invierno; espesas nubes se filtran en el cielo; el viento aúlla sobre las colinas desnudas y arremolina montones de hojas muertas. Maurice, solo, vestido de luto, se sienta junto a un fuego vacilante en su pequeña habitación con vistas al lago. Tiene un libro abierto ante él; pero no lo está leyendo; le asedian oscuros pensamientos. Piensa en la que yace allí, bajo la tierra helada; escucha el gemido del viento que llora como una legión de almas en pena. A veces se levanta y mira por la ventana, el manto gris de las aguas, el horizonte, cuyos tonos plomizos armonizan con el estado de su mente; luego, cogiendo una caja de madera tallada, la abre y saca algunas flores secas, un nudo de cintas, y unas joyas de mujer. Aprieta estas reliquias de amor contra sus labios; el pasado evocado despierta en su memoria. Y las horas van pasando. Maurice permanece allí, medio inclinado sobre el fuego que arde en la atmósfera húmeda. Piensa en la felicidad huida, en las esperanzas desvanecidas. El desaliento ha vuelto a apoderarse de él, el hastío de vivir, ese amargo hastío de antaño, le invade de nuevo; ideas de suicidio germinan en su interior.

Está oscureciendo y el fuego está a punto de apagarse, pero Maurice disfruta de la oscuridad cada vez más densa. Se oye un crujido detrás de él. Se da la vuelta y no ve nada. Probablemente sea el sonido del viento o los

pasos de la criada en la habitación de al lado. Cerca de la chimenea hay un piano cuyas teclas llevan mucho tiempo en silencio. De repente, los sonidos se elevan desde este mueble herméticamente cerrado. Confundido por la sorpresa, Maurice escucha. Esta conocida melodía es el romance de Mignon, el romance favorito de Giovanna que le gustaba tocar por la noche después de cenar. El corazón de Maurice se hunde; las lágrimas humedecen sus ojos. Se levanta, rodea el piano: ¡nadie! el taburete está vacío. Vuelve a su asiento. ¿Es una ilusión sonora? Una sombra blanca ocupa la silla que acaba de dejar. Temblando, se acerca. Esos ojos, esa mirada límpida, ese pelo rubio como espigas maduras, esa boca sonriente, esa cintura esbelta y fina, es la imagen de Giovanna. ¡Oh magia! ¿Acaso la tumba devuelve a sus huéspedes? Una voz viene a acariciar sus oídos: “Amigo, no temas, soy yo, no intentes apoderarte de mí, sólo soy un Espíritu. No te acerques más, escúchame.” Maurice se arrodilla, y llora: “Mi ángel, mi prometida, ¿eres tú?”

—Sí, soy tu novia, comprometida contigo mucho antes de esta vida. Escucha, un lazo eterno nos une. Nos conocemos desde hace siglos, hemos convivido en muchas riberas, hemos recorrido muchas vidas juntos. La primera vez que te conocí en la tierra, era muy débil, muy tímida, y la vida era dura entonces. Me cogiste de la mano, me diste apoyo; desde ese momento, nunca nos hemos separado. Siempre nos hemos seguido en nuestra vida material, siguiendo el mismo camino, amándonos, apoyándonos mutuamente. Ocupado con batallas, con empresas bélicas, no podías hacer el progreso necesario

para que tu espíritu libre y purificado abandone este mundo grosero. Dios quiso probarte; nos separó. Podría ascender a otras esferas más felices, mientras tú tenías que continuar tu calvario solo aquí en la tierra. Pero preferí esperarte en el espacio. Has tenido dos existencias desde entonces, y durante su transcurrir, testigo invisible de tus pensamientos, nunca he dejado de velar por ti. Cada vez que la muerte arrancaba tu alma de la materia, me encontrabas a mí y el deseo de elevarte te hacía asumir con mayor ardor la carga de la encarnación. Esta vez recé tanto, supliqué tanto al Señor que me permitió volver a la tierra, tomar un cuerpo, una voz para enseñarte el bien, la verdad. Nuestros amigos del espacio nos acercaron, nos unieron, pero por un tiempo limitado. No podía quedarme más tiempo en la tierra, mi tarea había terminado. No debía ser tuya aquí en la tierra.

“Ha llegado la hora en que los espíritus pueden, con permiso divino, comunicarse con los humanos. Así que vuelvo para guiarte, para animarte, para consolarte. Si quieres que esta existencia terrenal sea la última, si quieres que nos reunamos al final de ella, para no separarnos nunca más, dedica tu vida a tus hermanos y hermanas, enséñales la verdad. Diles que el objetivo de la existencia no es adquirir bienes efímeros, sino iluminar nuestra mente, purificar nuestro corazón, elevarnos hacia Dios. Revélales las grandes leyes del Universo, la ascensión de los espíritus hacia la perfección. Enséñales los caminos múltiples y unidos, los innumerables mundos, las humanidades hermanas. Muéstrales la armonía moral que rige el infinito. Deja atrás las sombras de la materia,

las malas pasiones; da a todos el ejemplo de sacrificio, de trabajo, de virtud. Confía en la justicia divina. Mira hacia adelante la luz lejana que ilumina la meta, la meta suprema que debe unirnos en el amor, en la felicidad.”

“Sin tardar, ponte a trabajar; te apoyaremos, te inspiraremos. Estaré a tu lado en la lucha, te envolveré con un fluido benéfico. Como esta noche, me haré visible a tus ojos, te revelaré lo que aún no sabes. Y un día, cuando todo lo que hay en ti de terrenal y vil se haya desvanecido, unidos, confundidos, nos elevaremos juntos al Eterno, uniendo nuestras voces al himno universal que se eleva de esfera en esfera hasta Él.”

Conocí a Maurice Ferrand, hace unos años, en una gran ciudad más allá de los Alpes. Había comenzado su labor. Por la pluma, por la palabra, estaba trabajando para difundir esa doctrina conocida como Espiritismo. El sarcasmo y las burlas le llovían de todas partes, desde todos los lados. Escépticos, devotos, indiferentes, todos se unían para condenarlo. Pero él, tranquilo, resignado, prosiguió su tarea. “Qué me importa a mí, me decía, el desdén de estos hombres. Llegará el día, con la ayuda de la prueba, en que comprenderán que esta vida no lo es todo y pensarán en Dios, en su futuro sin fin. Entonces quizá recuerden lo que les digo. La semilla sembrada en ellos podrá germinar. Y, además, añadió mirando al espacio —y una lágrima brilló en sus ojos—, lo que hago es para obedecer a los que me aman, ¡para acercarme a ellos!”

FIN



Distribución gratuita